

Arthur Conan Doyle

# La Diadema de Berilos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA DIADEMA DE BERILOS**

**ARTHUR CONAN DOYLE**

**PUBLICADO: 1892  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

## LA DIADEMA DE BERILOS

"Holmes", dije mientras estaba una mañana en nuestra ventana de proa mirando hacia la calle, "aquí viene un loco. Parece bastante triste que sus parientes le permitan salir solo".

Mi amigo se levantó perezosamente de su sillón y se quedó con las manos en los bolsillos de su bata, mirando por encima de mi hombro. Era una brillante y fresca mañana de febrero, y la nieve del día anterior todavía yacía profundamente en el suelo, brillando con fuerza bajo el sol invernal. En el centro de Baker Street, el tráfico la había convertido en una franja marrón y grumosa, pero a ambos lados y en los bordes amontonados de los senderos seguía siendo tan blanca como cuando cayó. El pavimento gris había sido limpiado y raspado, pero seguía siendo peligrosamente resbaladizo, por lo que había menos pasajeros que de costumbre. De hecho, desde la dirección de la Estación Metropolitana no venía nadie, salvo el único caballero cuya excéntrica conducta había llamado mi atención.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto, corpulento e imponente, con un rostro macizo y fuertemente marcado y una figura imponente. Iba vestido con un estilo sombrío pero rico, con levita negra, sombrero brillante, polainas marrones y pantalones grises perla bien cortados. Sin embargo, sus acciones contrastaban absurdamente con la dignidad de su vestimenta y sus rasgos, ya que corría con fuerza, dando de vez en cuando pequeños brincos, como los que da un hombre cansado que está poco acostumbrado a exigir a sus piernas. Mientras corría, sacudía las manos hacia arriba y hacia abajo, movía la cabeza y retorció la cara en las más extraordinarias contorsiones.

"¿Qué diablos puede pasarle?" pregunté. "Está mirando los números de las casas".

"Creo que viene hacia aquí", dijo Holmes, frotándose las manos.

"¿Aquí?"

"Sí; más bien creo que viene a consultarme profesionalmente. Creo que reconozco los síntomas. ¿No se lo he dicho?" Mientras

hablaba, el hombre, resoplando y soplando, se abalanzó sobre nuestra puerta y tiró del timbre hasta que toda la casa resonó con el tintineo.

Unos instantes después estaba en nuestra habitación, todavía resoplando, todavía gesticulando, pero con una mirada tan fija de dolor y desesperación en sus ojos que nuestras sonrisas se convirtieron en un instante en horror y lástima. Durante un rato no le salían las palabras, sino que balanceaba su cuerpo y se atusaba el pelo como quien ha sido llevado a los límites extremos de su razón. Luego, poniéndose de pie de repente, se golpeó la cabeza contra la pared con tanta fuerza que los dos nos abalanzamos sobre él y lo arrastramos hasta el centro de la habitación. Sherlock Holmes lo empujó hacia la butaca y, sentándose a su lado, le dio unas palmaditas en la mano y conversó con él en el tono fácil y tranquilizador que tan bien sabía emplear.

"Ha venido usted a contarme su historia, ¿no es así? "Está usted fatigado por las prisas. Le ruego que espere hasta que se haya recuperado, y entonces estaré encantado de examinar cualquier pequeño problema que me plantee".

El hombre se sentó durante un minuto o más con el pecho agitado, luchando contra su emoción. Luego se pasó el pañuelo por la frente, apretó los labios y volvió la cara hacia nosotros.

"¿Sin duda me creen loco?", dijo.

"Veo que ha tenido usted un gran problema", respondió Holmes.

"Dios sabe que lo he tenido; un problema que es suficiente para despojarme de la razón, tan repentino y tan terrible. Podría haberme enfrentado a la desgracia pública, aunque soy un hombre cuyo carácter nunca ha sido manchado. La aflicción privada también es la suerte de todo hombre; pero las dos cosas juntas, y en forma tan espantosa, han sido suficientes para sacudir mi alma. Además, no soy el único. Los más nobles del país pueden sufrir si no se encuentra alguna forma de salir de este horrible asunto".

"Le ruego que se tranquilice, señor -dijo Holmes-, y que me diga claramente quién es usted y qué es lo que le ha ocurrido".

"Mi nombre", respondió nuestro visitante, "es probablemente familiar para sus oídos. Soy Alexander Holder, de la firma bancaria Hol-

der & Stevenson, de Threadneedle Street".

En efecto, el nombre nos resultaba bien conocido por pertenecer al socio principal de la segunda empresa de banca privada más importante de la City londinense. ¿Qué podría haber sucedido, entonces, para que uno de los ciudadanos más importantes de Londres llegara a esta situación tan lamentable? Esperamos, todos curiosos, hasta que con otro esfuerzo se animó a contar su historia.

"Siento que el tiempo es valioso -dijo-; por eso me apresuré a venir aquí cuando el inspector de policía me sugirió que obtuviera su cooperación. Llegué a Baker Street en el metro y me apresuré a salir de allí a pie, porque los taxis van despacio con esta nieve. Por eso me quedé sin aliento, ya que soy un hombre que hace muy poco ejercicio. Ahora me siento mejor y le expondré los hechos con la mayor brevedad y claridad posible.

Por supuesto, ustedes saben que el éxito de un negocio bancario depende tanto de que seamos capaces de encontrar inversiones remunerativas para nuestros fondos como de que aumentemos nuestras conexiones y el número de nuestros depositantes. Uno de nuestros medios más lucrativos para colocar el dinero es en forma de préstamos, donde la seguridad es intachable. Hemos hecho mucho en este sentido durante los últimos años, y hay muchas familias nobles a las que hemos adelantado grandes sumas en garantía de sus cuadros, bibliotecas o placas.

Ayer por la mañana estaba sentado en mi oficina del banco cuando uno de los empleados me trajo una tarjeta. Me sobresalté al ver el nombre, ya que era nada menos que -bueno, tal vez incluso a ustedes no deba decirles más que se trata de un nombre muy conocido en todo el mundo- uno de los nombres más altos, más nobles y más exaltados de Inglaterra. Me sentí abrumado por el honor e intenté, cuando entró, decírselo, pero enseguida se lanzó a los negocios con el aire de un hombre que desea apresurarse en una tarea desagradable."

"Señor Holder", dijo, "me han informado de que tiene usted la costumbre de adelantar dinero".

"La empresa lo hace cuando la garantía es buena". Respondí.

" 'Es absolutamente esencial para mí', dijo, 'que tenga 50.000 libras esterlinas de inmediato. Podría, por supuesto, pedir prestada una suma tan insignificante diez veces más a mis amigos, pero prefiero hacer un negocio y llevarlo a cabo yo mismo. En mi situación, comprenderá usted que no es prudente contraer obligaciones".

" '¿Puedo preguntar por cuánto tiempo quiere esta suma?', pregunté.

"El próximo lunes tengo que pagar una gran suma, y entonces le devolveré sin duda lo que me ha adelantado, con los intereses que considere oportunos. Pero es muy importante para mí que el dinero se pague de inmediato".

"Estaría encantado de adelantar el dinero sin necesidad de discutirlo, si no fuera porque el esfuerzo sería mayor de lo que podría soportar. Si, por el contrario, he de hacerlo en nombre de la empresa, entonces, en justicia a mi socio, debo insistir en que, incluso en su caso, se tomen todas las precauciones propias de los negocios".

"Preferiría que así fuera -dijo el, levantando un maletín cuadrado de marruecos negro que había puesto al lado de su silla-. "¿Sin duda ha oído hablar de la Diadema de Berilos?"

"Una de las posesiones públicas más preciadas del imperio", dije.

"Precisamente. Abrió el estuche y allí, incrustada en un suave terciopelo color carne, se encontraba la magnífica pieza de joyería que había nombrado. Hay treinta y nueve enormes berilos -dijo-, y el precio del oro empleado es incalculable. La estimación más baja situaría el valor de la corona en el doble de la suma que he pedido. Estoy dispuesto a dejársela como garantía".

"Tomé el precioso estuche en mis manos y miré con cierta perplejidad desde él a mi ilustre cliente.

" '¿Dudas de su valor?', preguntó.

" 'En absoluto. Sólo dudo..."

" 'La conveniencia de que lo deje. Puede estar tranquilo al respecto. No se me ocurriría hacerlo si no estuviera absolutamente seguro de que dentro de cuatro días podré recuperarlo. Es una pura cuestión de forma. ¿Es suficiente la seguridad?"

" 'Amplia'.

"Entienda, Sr. Holder, que le estoy dando una fuerte prueba de la confianza que tengo en usted, basada en todo lo que he oído de usted. Confío en usted no sólo para que sea discreto y se abstenga de todo chismorreo sobre el asunto, sino, sobre todo, para que preserve esta corona con todas las precauciones posibles, porque no necesito decir que se produciría un gran escándalo público si le ocurriera algún daño. Cualquier daño que sufriera sería casi tan grave como su pérdida total, pues no hay berilos en el mundo que puedan igualar a estos, y sería imposible reemplazarlos. Sin embargo, se lo dejo a usted con toda confianza, y el lunes por la mañana iré a buscarlo en persona".

"Viendo que mi cliente estaba ansioso por marcharse, no dije nada más, sino que, llamando a mi cajero, le ordené que pagara más de cincuenta billetes de mil libras. Sin embargo, cuando me quedé solo una vez más, con el valioso maletín sobre la mesa delante de mí, no pude menos que pensar con cierto recelo en la inmensa responsabilidad que suponía para mí. No cabía duda de que, al tratarse de una posesión nacional, se produciría un horrible escándalo si le ocurría alguna desgracia. Ya me arrepentía de haber consentido en hacerme cargo de ella. Sin embargo, ya era demasiado tarde para cambiar el asunto, así que lo guardé en mi caja fuerte privada y me dediqué de nuevo a mi trabajo.

"Cuando llegó la noche sentí que sería una imprudencia dejar un objeto tanpreciado en la oficina detrás de mí. Las cajas fuertes de los banqueros habían sido forzadas antes, ¿y por qué no iba a serlo la mía? De ser así, ¡qué terrible sería la situación en la que me encontraría! Decidí, por tanto, que durante los próximos días llevaría siempre conmigo el maletín hacia delante y hacia atrás, para que nunca estuviera realmente fuera de mi alcance. Con esta intención, llamé a un taxi y me dirigí a mi casa de Streatham, llevando la joya conmigo. No respiré libremente hasta que la llevé al piso de arriba y la encerré en la cómoda de mi vestidor.

"Y ahora unas palabras sobre mi casa, señor Holmes, porque quiero que entienda bien la situación. Mi mozo de cuadra y mi paje duermen fuera de la casa, y pueden ser descartados por completo. Tengo tres criadas que llevan varios años conmigo y cuya fiabilidad



absoluta está por encima de toda sospecha. Otra, Lucy Parr, la segunda camarera, sólo lleva unos meses a mi servicio. Sin embargo, llegó con un carácter excelente y siempre me ha dado satisfacciones. Es una chica muy bonita y ha atraído a admiradores que de vez en cuando han merodeado por el lugar. Ese es el único inconveniente que le hemos encontrado, pero creemos que es una chica completamente buena en todos los sentidos.

"Esto en cuanto a los sirvientes. Mi familia es tan pequeña que no me llevará mucho tiempo describirla. Soy viudo y tengo un único hijo, Arthur. Ha sido una decepción para mí, señor Holmes, una gran decepción. No me cabe duda de que la culpa es mía. La gente me dice que lo he malcriado. Es muy probable que así sea. Cuando mi querida esposa murió, sentí que él era todo lo que tenía para amar. No podía soportar ver que la sonrisa se desvaneciera ni siquiera por un momento de su rostro. Nunca le negué un deseo. Tal vez hubiera sido mejor para ambos si hubiera sido más estricto, pero mi intención era la mejor.

"Naturalmente, mi intención era que me sucediera en mis negocios, pero él no tenía vocación empresarial. Era salvaje, caprichoso y, a decir verdad, no podía confiar en él para manejar grandes sumas de dinero. Cuando era joven se hizo miembro de un club aristocrático, y allí, al tener unos modales encantadores, pronto se convirtió en el íntimo de varios hombres con bolsos de gran tamaño y hábitos caros. Aprendió a jugar mucho a las cartas y a despilfarrar el dinero, hasta que tuvo que venir una y otra vez a suplicarme que le diera un adelanto de su asignación, para poder saldar sus deudas de honor. Intentó más de una vez separarse de la peligrosa compañía que mantenía, pero cada vez la influencia de su amigo, Sir George Burnwell, fue suficiente para atraerlo de nuevo.

"Y, en efecto, no podía extrañar que un hombre como Sir George Burnwell se ganara una influencia sobre él, ya que lo ha traído con frecuencia a mi casa, y yo mismo me he encontrado con que apenas podía resistir la fascinación de sus maneras. Es mayor que Arthur, un hombre de mundo hasta la punta de los dedos, que ha estado en todas partes, lo ha visto todo, un hablador brillante y un hombre de gran belleza personal. Sin embargo, cuando pienso en él a sangre



fría, lejos del glamour de su presencia, me convengo, por su discurso cínico y la mirada que he captado en sus ojos, de que es alguien de quien se debe desconfiar profundamente. Así lo pienso yo, y así lo piensa también mi pequeña Mary, que tiene la rápida visión de una mujer sobre el carácter.

"Y ahora sólo hay que describirla a ella. Es mi sobrina, pero cuando mi hermano murió hace cinco años y la dejó sola en el mundo, la adopté y desde entonces la considero mi hija. Es un rayo de sol en mi casa: dulce, cariñosa, hermosa, una maravillosa administradora y ama de casa, pero tan tierna, tranquila y gentil como puede ser una mujer. Es mi mano derecha. No sé qué podría hacer sin ella. Sólo en un asunto ha ido en contra de mis deseos. Mi hijo le ha pedido dos veces que se case con él, ya que la ama con devoción, pero cada vez ella lo ha rechazado. Creo que si alguien hubiera podido llevarlo por el buen camino habría sido ella, y que su matrimonio podría haber cambiado toda su vida; pero ahora, ¡ay! es demasiado tarde... ¡siempre demasiado tarde!

"Ahora, señor Holmes, usted conoce a las personas que viven bajo mi techo, y yo continuaré con mi miserable historia.

"Aquella noche, mientras tomábamos café en el salón después de la cena, les conté a Arthur y a Mary mi experiencia y el precioso tesoro que teníamos bajo nuestro techo, suprimiendo únicamente el nombre de mi cliente. Estoy seguro de que Lucy Parr, que había traído el café, había salido de la habitación; pero no puedo jurar que la puerta estuviera cerrada. Mary y Arthur estaban muy interesados y deseaban ver la famosa corona, pero pensé que era mejor no tocarla.

"¿Dónde la has puesto? preguntó Arthur.

" 'En mi propio despacho'.

"Espero que no roben en la casa durante la noche.

" 'Está cerrada con llave', respondí.

" 'Oh, cualquier llave vieja encaja en ese escritorio. Cuando era joven, yo mismo lo abrí con la llave del armario de la habitación.

"A menudo tenía una forma desenfadada de hablar, de modo que yo pensaba poco en lo que decía. Sin embargo, aquella noche me siguió hasta mi habitación con un rostro muy serio.

" 'Mira, papá', dijo con los ojos bajos, '¿puedes dejarme 200 libras?

" '¡No, no puedo!' le contesté secamente. He sido demasiado generoso contigo en cuestiones de dinero".

" 'Has sido muy amable', dijo él, 'pero debo tener este dinero, o de lo contrario no podré volver a mostrar mi cara dentro del club'.

" '¡Y es algo muy bueno, además! grité.

" 'Sí, pero tú no quieres que me vaya como un hombre deshonorado', dijo él. No podría soportar la deshonra. Tengo que conseguir el dinero de alguna manera, y si no me lo dejas, tendré que probar otros medios'.

"Me enfadé mucho, pues era la tercera demanda en el mes. No tendrás ni un centavo de mí", grité, a lo que él se inclinó y salió de la habitación sin decir nada más.

"Cuando se marchó, abrí mi escritorio, me aseguré de que mi tesoro estaba a salvo y lo volví a cerrar. Luego empecé a recorrer la casa para comprobar que todo estaba seguro, una tarea que suelo dejar en manos de Mary, pero que creí conveniente realizar yo mismo aquella noche. Al bajar las escaleras vi a la propia Mary en la ventana lateral del salón, que cerró y abrochó al acercarme.

" 'Dime, papá', dijo ella, pareciendo, pensé, un poco perturbada, '¿le diste a Lucy, la criada, permiso para salir esta noche?

" 'Por supuesto que no'.

" 'Acaba de entrar por la puerta trasera. No me cabe duda de que sólo ha ido a la puerta lateral para ver a alguien, pero creo que no es muy seguro y que hay que detenerla".

" 'Debes hablar con ella por la mañana, o lo haré yo si lo prefieres. ¿Estás seguro de que todo está cerrado?

" 'Bastante seguro, papá.'

" 'Entonces, buenas noches'. La besé y subí de nuevo a mi dormitorio, donde pronto me quedé dormido.

"Estoy tratando de contarle todo, señor Holmes, que pueda tener alguna relación con el caso, pero le ruego que me interroge sobre cualquier punto que no deje claro".

"Por el contrario, su declaración es singularmente lúcida".

"Llego ahora a una parte de mi historia en la que desearía ser particularmente así. No tengo un sueño muy pesado, y la ansiedad en mi mente tendía, sin duda, a hacerlo aún menos de lo habitual. A eso de las dos de la mañana me despertó un ruido en la casa. Había cesado antes de que me despertara del todo, pero había dejado una impresión tras de sí como si una ventana se hubiera cerrado suavemente en algún lugar. Me quedé escuchando con todos mis oídos. De repente, para mi horror, se oyeron unos pasos que se movían suavemente en la habitación contigua. Salí de la cama, palpitando de miedo, y me asomé por la esquina de la puerta de mi vestidor.

"¡Arthur! grité, '¡villano! ¡ladrón! ¿Cómo te atreves a tocar esa corona?

"El gas estaba a medio abrir, tal como lo había dejado, y mi infeliz muchacho, vestido sólo con su camisa y sus pantalones, estaba de pie junto a la luz, sosteniendo la corona en sus manos. Parecía que la arrancaba o la doblaba con todas sus fuerzas. Al oír mi grito, la soltó y se puso tan pálido como la muerte. La cogí y la examiné. Le faltaba una de las esquinas de oro, con tres berilos dentro.

" "¡Granuja! grité, furioso. Lo has destruido. Me has deshonrado para siempre. ¿Dónde están las joyas que has robado?

" '¡Robadas!', gritó.

" '¡Sí, ladrón! rugí, sacudiéndole por el hombro.

" 'No falta ninguna. No puede faltar ninguna', dijo.

" 'Faltan tres. Y tú sabes dónde están. ¿Tengo que llamarte mentiroso además de ladrón? ¿No te vi tratando de arrancar otra pieza?

" 'Ya me has insultado bastante', dijo él, 'no lo soportaré más. No diré ni una palabra más sobre este asunto, ya que has decidido insultarme. Dejaré tu casa por la mañana y me abriré camino en el mundo".

" '¡Lo dejarás en manos de la policía! grité medio loco de dolor y rabia. "Haré que se investigue este asunto hasta el fondo".

" 'No te enterarás de nada por mí', dijo con una pasión que no hubiera creído que estuviera en su naturaleza. 'Si decides llamar a la policía, deja que la policía encuentre lo que pueda'.

"Para entonces toda la casa estaba agitada, pues yo había levantado la voz en mi enfado. Mary fue la primera en entrar corriendo en mi habitación y, al ver la corona y la cara de Arthur, leyó toda la historia y, con un grito, cayó al suelo sin sentido. Envié a la criada a buscar a la policía y puse la investigación en sus manos de inmediato. Cuando el inspector y un agente entraron en la casa, Arthur, que había permanecido hosco con los brazos cruzados, me preguntó si era mi intención acusarle de robo. Le contesté que había dejado de ser un asunto privado para convertirse en uno público, ya que la corona arruinada era propiedad nacional. Estaba decidido a que la ley se impusiera en todo.

"Por lo menos -dijo-, no hará que me arresten de inmediato. Sería tan ventajoso para usted como para mí que pudiera salir de la casa durante cinco minutos".

"Y entonces, dándome cuenta de la terrible posición en que me encontraba, le imploré que recordara que no sólo estaba en juego mi honor, sino el de alguien mucho más importante que yo, y que amenazaba con provocar un escándalo que convulsionaría a la nación. Podría evitarlo todo si me dijera lo que había hecho con las tres piedras perdidas.

" 'Más vale que afrontes el asunto -dije-; has sido sorprendido en el acto, y ninguna confesión podría hacer más atroz tu culpa. Si no hace más que reparar lo que está en su mano, diciéndonos dónde están los berilos, todo será perdonado y olvidado".

" 'Guarda tu perdón para los que te lo piden', respondió, apartándose de mí con una mueca. Vi que estaba demasiado endurecido para que mis palabras pudieran influir en él. Sólo había un modo de hacerlo. Llamé al inspector y lo puse bajo custodia. Se registró inmediatamente no sólo su persona, sino también su habitación y todas las partes de la casa en las que podría haber ocultado las gemas; pero no se encontró ni rastro de ellas, ni el desdichado muchacho quiso abrir la boca a pesar de todas nuestras persuasiones y amenazas. Esta mañana fue trasladado a una celda, y yo, después de pasar por todas las formalidades policiales, me he apresurado a acudir a usted para implorarle que utilice su habilidad para desentrañar el asunto. La policía ha confesado abiertamente que por el mo-

mento no puede hacer nada al respecto. Puede usted hacer los gastos que considere necesarios. Ya he ofrecido una recompensa de 1.000 libras. ¡Dios mío, qué voy a hacer! He perdido mi honor, mis joyas y mi hijo en una noche. ¡Oh, qué voy a hacer!"

Se puso una mano a cada lado de la cabeza y se balanceó de un lado a otro, canturreando para sí mismo como un niño cuya pena no tiene palabras.

Sherlock Holmes permaneció en silencio durante unos minutos, con las cejas fruncidas y los ojos fijos en el fuego.

"¿Recibe usted mucha compañía?", preguntó.

"Ninguna, salvo mi compañero con su familia y algún amigo ocasional de Arthur. Sir George Burnwell ha venido varias veces últimamente. Nadie más, creo".

"¿Sales mucho en sociedad?"

"Arthur lo hace. Mary y yo nos quedamos en casa. A ninguno de los dos nos interesa".

"Eso es inusual en una chica joven".

"Ella es de naturaleza tranquila. Además, no es tan joven. Tiene veinticuatro años".

"Este asunto, por lo que dices, parece haber sido un shock para ella también".

"¡Terrible! Está aún más afectada que yo".

"¿Ninguno de los dos tiene dudas sobre la culpabilidad de su hijo?"

"Cómo podríamos tenerlas cuando lo vi con mis propios ojos con la corona en sus manos".

"Difícilmente considero eso una prueba concluyente. ¿Estaba el resto de la corona dañado?"

"Sí, estaba torcido".

"¿No cree, entonces, que podría haber estado tratando de enderezarla?"

"¡Dios lo bendiga! Estás haciendo lo que puedes por él y por mí. Pero es una tarea demasiado pesada. ¿Qué estaba haciendo allí? Si su propósito era inocente, ¿por qué no lo dijo?"

"Precisamente. Y si era culpable, ¿por qué no inventó una mentira? Su silencio me parece que tiene dos vertientes. Hay varios pun-

tos singulares en el caso. ¿Qué pensó la policía del ruido que le despertó de su sueño?"

"Consideraron que podría ser causado por el cierre de la puerta de la habitación de Arthur".

"¡Una historia probable! Como si un hombre empeñado en la delincuencia diera un portazo para despertar a la familia. ¿Qué dijeron, entonces, de la desaparición de estas gemas?"

"Todavía están sondeando la tablazón y sondeando los muebles con la esperanza de encontrarlas".

"¿Han pensado en buscar fuera de la casa?"

"Sí, han mostrado una energía extraordinaria. Ya han examinado minuciosamente todo el jardín".

"¡Una historia probable! Como si un hombre empeñado en la delincuencia diera un portazo para despertar a la familia. ¿Qué dijeron, entonces, de la desaparición de estas gemas?"

"Todavía están sondeando las tablas y examinando los muebles con la esperanza de encontrarlas".

"¿Han pensado en buscar fuera de la casa?"

"Sí, han mostrado una energía extraordinaria. Ya han examinado minuciosamente todo el jardín".

"Ahora, mi querido señor", dijo Holmes, "¿no es obvio para usted que este asunto es mucho más profundo de lo que usted o la policía se inclinaban a pensar al principio? A usted le pareció un caso sencillo; a mí me parece sumamente complejo. Considere lo que implica su teoría. Supone usted que su hijo bajó de la cama, fue, corriendo un gran riesgo, a su camerino, abrió su escritorio, sacó su corona, rompió por la fuerza principal una pequeña porción de ella, se fue a otro lugar, ocultó tres gemas de las treinta y nueve, con tal habilidad que nadie puede encontrarlas, y luego regresó con las otras treinta y seis a la habitación en la que se expuso al mayor peligro de ser descubierto. Os pregunto ahora, ¿es sostenible tal teoría?"

"¿Pero qué otra hay?", gritó el banquero con un gesto de desesperación. "Si sus motivos eran inocentes, ¿por qué no los explica?".

"Es nuestra tarea averiguarlo", respondió Holmes; "así que ahora, si le parece, señor Holder, partiremos juntos hacia Streatham, y dedicaremos una hora a examinar un poco más de cerca los detalles."

Mi amigo insistió en que les acompañara en su expedición, cosa que yo estaba deseando hacer, pues mi curiosidad y mi simpatía estaban profundamente excitadas por la historia que habíamos escuchado. Confieso que la culpabilidad del hijo del banquero me parecía tan obvia como la de su infeliz padre, pero aun así tenía tanta fe en el juicio de Holmes que creía que debía haber algún motivo de esperanza mientras él no estuviera satisfecho con la explicación aceptada. Apenas pronunció una palabra durante todo el trayecto hasta el suburbio del sur, sino que se sentó con la barbilla sobre el pecho y el sombrero recogido sobre los ojos, sumido en los más profundos pensamientos. Nuestro cliente parecía haberse animado ante el pequeño atisbo de esperanza que se le había presentado, e incluso entabló una charla desenfadada conmigo sobre sus asuntos comerciales. Un corto viaje en tren y un paseo más corto nos llevaron a Fairbank, la modesta residencia del gran financiero.

Fairbank era una casa cuadrada de buen tamaño, de piedra blanca, que estaba un poco apartada de la carretera. Una doble barrera de carruajes, con un césped cubierto de nieve, se extendía por delante hasta dos grandes puertas de hierro que cerraban la entrada. A la derecha había un pequeño matorral de madera que daba paso a un estrecho camino entre dos cuidados setos que se extendían desde la carretera hasta la puerta de la cocina y que formaban la entrada de los comerciantes. A la izquierda había un camino que llevaba a los establos, y que no estaba en absoluto dentro del terreno, ya que era una vía pública, aunque poco utilizada. Holmes nos dejó en la puerta y caminó lentamente alrededor de la casa, cruzando la fachada, bajando por el camino de los comerciantes y dando la vuelta por el jardín de atrás hasta el camino de los establos. Tardó tanto que el señor Holder y yo fuimos al comedor y esperamos junto al fuego hasta que regresara. Estábamos allí sentados en silencio cuando se abrió la puerta y entró una joven. Era más bien de mediana estatura, delgada, con el pelo y los ojos oscuros, que parecían más oscuros contra la absoluta palidez de su piel. No creo haber visto nunca una palidez tan mortal en el rostro de una mujer. Sus labios tampoco tenían sangre, pero sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Mientras entraba silenciosamente en la habitación, me im-



presionó con una sensación de dolor mayor que la del banquero por la mañana, y era aún más sorprendente en ella, ya que era evidentemente una mujer de carácter fuerte, con una inmensa capacidad de autocontrol. Haciendo caso omiso de mi presencia, se dirigió directamente a su tío y le pasó la mano por la cabeza con una dulce caricia femenina.

"Has dado órdenes de que liberen a Arthur, ¿no es así, papá?", preguntó.

"No, no, mi niña, el asunto debe ser investigado hasta el fondo".

"Pero estoy muy segura de que es inocente. Ya sabes cómo son los instintos de las mujeres. Sé que no ha hecho ningún daño y que lamentarás haber actuado con tanta dureza".

"¿Por qué calla, entonces, si es inocente?"

"¿Quién sabe? Tal vez porque estaba tan enojado de que tú sospecharas de él".

"¿Cómo podría evitar sospechar de él, cuando lo vi con la corona en la mano?"

"Oh, pero sólo la había cogido para mirarla. Oh, créeme, créeme que es inocente. Deja el asunto y no digas nada más. Es tan terrible pensar en nuestro querido Arthur en prisión".

"Nunca lo dejaré pasar hasta que se encuentren las gemas, ¡nunca, Mary! Tu afecto por Arthur te ciega en cuanto a las terribles consecuencias para mí. Lejos de silenciar el asunto, he hecho venir a un caballero de Londres para que investigue más a fondo".

"¿Este caballero?", preguntó ella, volviéndose hacia mí.

"No, su amigo. Deseaba que lo dejáramos solo. Ahora está en la calle del establo".

"¿El camino del establo?" Ella levantó sus oscuras cejas. "¿Qué puede esperar encontrar allí? Ah, supongo que es él. Confío, señor, en que logre demostrar, lo que estoy seguro es la verdad, que mi primo Arthur es inocente de este crimen."

"Comparto plenamente su opinión, y confío, con usted, en que podamos demostrarlo", respondió Holmes, volviendo a la alfombra para sacarse la nieve de los zapatos. "Creo que tengo el honor de dirigirme a la señorita Mary Holder. ¿Podría hacerle una o dos preguntas?"

"Le ruego que lo haga, señor, si puede ayudar a aclarar este horrible asunto".

"¿No escuchó nada anoche?"

"Nada, hasta que mi tío comenzó a hablar en voz alta. Lo oí y bajé".

"Usted cerró las ventanas y las puertas la noche anterior. ¿Cerraste todas las ventanas?"

"Sí."

"¿Estaban todas cerradas esta mañana?"

"Sí."

"¿Tienes una criada que tiene un amante? Creo que anoche le comentaste a tu tío que ella había salido a verlo".

"Sí, y era la chica que esperaba en el salón, y que puede haber oído los comentarios del tío sobre la corona".

"Ya veo. Deduces que puede haber salido a contárselo a su novio, y que los dos pueden haber planeado el robo."

"Pero ¿de qué sirven todas estas vagas teorías", gritó el banquero con impaciencia, "cuando le he dicho que vi a Arthur con la corona en las manos?"

"Espere un poco, señor Holder. Debemos volver a eso. Sobre esta chica, la señorita Holder. La vio volver por la puerta de la cocina, supongo".

"Sí; cuando fui a ver si la puerta estaba cerrada por la noche me la encontré deslizándose. También vi al hombre, en la penumbra".

"¿Lo conoce?"

"¡Oh, sí! Es el verdulero que nos trae las verduras. Se llama Francis Prosper".

"¿Se paró", dijo Holmes, "a la izquierda de la puerta, es decir, más arriba del camino de lo necesario para llegar a la puerta?"

"Sí, lo hizo".

"¿Y es un hombre con una pata de palo?"

Algo parecido al miedo surgió en los expresivos ojos negros de la joven. "Vaya, es usted como un mago", dijo ella. "¿Cómo lo sabes?" Ella sonrió, pero el rostro delgado y ansioso de Holmes no respondió con una sonrisa.

"Me encantaría subir ahora", dijo él. "Probablemente desearé volver a revisar el exterior de la casa. Quizá sea mejor que eche un vistazo a las ventanas inferiores antes de subir".

Caminó rápidamente de una a otra, deteniéndose sólo en la grande que daba al vestíbulo y al camino del establo. La abrió y examinó cuidadosamente el alféizar con su potente lente de aumento. "Ahora vamos a subir", dijo por fin.

El vestidor del banquero era una pequeña habitación sencillamente amueblada, con una alfombra gris, un gran escritorio y un largo espejo. Holmes se acercó primero al escritorio y miró con atención la cerradura.

"¿Qué llave se utilizó para abrirla"? Preguntó.

"La que mi hijo indicó: la del armario del trastero".

"¿La tienes aquí?"

"Esa es la que está en el tocador".

Sherlock Holmes lo cogió y abrió la cómoda.

"Es una cerradura silenciosa", dijo. "No es de extrañar que no le despertara. Este maletín, supongo, contiene la corona. Debemos echarle un vistazo". Abrió el maletín, y sacando la diadema la puso sobre la mesa. Era un magnífico espécimen del arte de la joyería, y las treinta y seis piedras eran las más finas que jamás he visto. En un lado de la corona había un borde agrietado, en el que se había desprendido una esquina que contenía tres gemas.

"Ahora, señor Holder -dijo Holmes-, aquí está la esquina que corresponde a la que lamentablemente se ha perdido. Le ruego que la rompa".

El banquero retrocedió horrorizado. "No se me ocurriría intentarlo", dijo.

"Entonces lo haré". Holmes hizo fuerza de repente, pero sin resultado. "Siento que cede un poco", dijo; "pero, aunque tengo una fuerza excepcional en los dedos, me llevaría todo el tiempo romperla. Un hombre normal no podría hacerlo. Ahora bien, ¿qué cree usted que pasaría si la rompiera, señor Holder? Habría un ruido como el de un disparo de pistola. ¿Me dice que todo esto ocurrió a pocos metros de su cama y que no oyó nada de ello?"

"No sé qué pensar. Todo está oscuro para mí".

"Pero tal vez se aclare a medida que avanzamos. ¿Qué piensa usted, señorita Holder?"

"Confieso que aún comparto la perplejidad de mi tío".

"¿Su hijo no llevaba zapatos ni zapatillas cuando lo vio?"

"No tenía nada puesto, sólo los pantalones y la camisa".

"Gracias. Ciertamente hemos sido favorecidos con una suerte extraordinaria durante esta investigación, y será enteramente nuestra culpa si no logramos aclarar el asunto. Con su permiso, señor Holder, continuaré ahora mis investigaciones fuera".

Se fue solo, a petición suya, pues explicó que cualquier huella innecesaria podría dificultar su tarea. Durante una hora o más estuvo trabajando, y al final regresó con los pies cargados de nieve y el rostro tan inescrutable como siempre.

"Creo que ya he visto todo lo que hay que ver, señor Holder", dijo; "lo mejor que puedo hacer es volver a mis habitaciones".

"Pero las gemas, señor Holmes. ¿Dónde están?"

"No puedo decirlo".

El banquero se retorció las manos. "¡No volveré a verlas!", exclamó. "¿Y mi hijo? ¿Me das esperanzas?"

"Mi opinión no ha cambiado en absoluto".

"Entonces, por el amor de Dios, ¿qué fue este oscuro asunto que se actuó en mi casa anoche?"

"Si puede usted visitarme en mis habitaciones de Baker Street mañana por la mañana, entre las nueve y las diez, estaré encantado de hacer lo que pueda para aclararlo. Tengo entendido que me da carta blanca para actuar en su nombre, con la única condición de que recupere las gemas, y que no pone ningún límite a la suma que pueda sacar."

"Daría mi fortuna por recuperarlas".

"Muy bien. Me ocuparé del asunto entre hoy y entonces. Adiós; es posible que tenga que venir aquí de nuevo antes de la noche".

Era obvio para mí que mi compañero había tomado una decisión sobre el caso, aunque sus conclusiones eran algo más de lo que yo podía imaginar. Durante nuestro viaje de regreso a casa, intenté varias veces sondearle sobre el asunto, pero siempre se desviaba hacia algún otro tema, hasta que al final me rendí desesperadamente.

No eran aún las tres cuando nos encontramos de nuevo en nuestras habitaciones. Él se apresuró a ir a su habitación y en pocos minutos volvió a bajar vestido como un vulgar holgazán. Con el cuello de la camisa subido, su abrigo brillante y sórdido, su corbata roja y sus botas gastadas, era una muestra perfecta de la clase.

"Creo que esto debería servir", dijo, mirando el cristal sobre la chimenea. "Me gustaría que pudieras venir conmigo, Watson, pero me temo que no será posible. Puede que esté sobre la pista en este asunto, o puede que esté siguiendo una quimera, pero pronto sabré cuál es. Espero estar de vuelta en unas horas". Cortó una rebanada de carne de vaca de la junta en el aparador, la intercaló entre dos rondas de pan, y empujando esta comida ruda en su bolsillo se puso en marcha en su expedición.

Acababa de terminar mi té cuando regresó, evidentemente de muy buen humor, blandiendo una vieja bota elástica en la mano. La tiró en un rincón y se sirvió una taza de té.

"Sólo miré al pasar", dijo. "Voy a seguir adelante".

"¿Adónde?"

"Oh, al otro lado del West End. Puede pasar algún tiempo antes de que regrese. No me esperes despierto por si me retraso".

"¿Cómo te va?"

"Oh, muy bien. Nada que objetar. He ido a Streatham desde la última vez que te vi, pero no he pasado por casa. Es un pequeño problema muy agradable, y no me lo habría perdido por nada del mundo. Sin embargo, no debo sentarme a cotillear aquí, sino que tengo que quitarme esta ropa de mala reputación y volver a ser la persona más respetable".

Pude ver, por su forma de actuar, que tenía razones más fuertes para estar satisfecho de lo que sus palabras implicaban. Sus ojos brillaron, e incluso hubo un toque de color en sus cetrinas mejillas. Se apresuró a subir las escaleras, y unos minutos más tarde oí el portazo de la puerta del vestíbulo, que me indicó que había salido una vez más a su agradable cacería.

Esperé hasta la medianoche, pero no hubo señales de su regreso, así que me retiré a mi habitación. No era raro que se ausentara durante días y noches enteras cuando se encontraba acalorado por un

rastró, por lo que su tardanza no me causó ninguna sorpresa. No sé a qué hora llegó, pero cuando bajé a desayunar por la mañana allí estaba con una taza de café en una mano y el periódico en la otra, tan fresco y arreglado como era posible.

"Disculpe que empiece sin usted, Watson", dijo, "pero recuerde que nuestro cliente tiene una cita bastante temprana esta mañana".

"Bueno, ya son más de las nueve", respondí. "No me sorprendería que fuera él. Me pareció oír un timbre".

Era, en efecto, nuestro amigo el financiero. Me sorprendió el cambio que se había producido en él, ya que su rostro, que era naturalmente ancho y macizo, estaba ahora pellizcado y caído, mientras que su pelo me pareció al menos un tono más blanco. Entró con un cansancio y un letargo aún más doloroso que su violencia de la mañana anterior, y se dejó caer pesadamente en el sillón que yo le adelanté.

"No sé lo que he hecho para que me pongan a prueba tan severamente", dijo. "Hace sólo dos días era un hombre feliz y próspero, sin ninguna preocupación en el mundo. Ahora me encuentro en una edad solitaria y deshonorada. Una pena se suma a otra. Mi sobrina, Mary, me ha abandonado".

"¿Te ha abandonado?"

"Sí. Esta mañana no había dormido en su cama, su habitación estaba vacía y una nota para mí estaba sobre la mesa del vestíbulo. Anoche le dije, con pena y no con rabia, que si se hubiera casado con mi hijo todo habría ido bien con él. Tal vez fue desconsiderado por mi parte decirlo. Es a esa observación a la que se refiere en esta nota:

*"Mi queridísimo tío:-Siento que te he traído problemas, y que si hubiera actuado de otra manera esta terrible desgracia nunca habría ocurrido. No puedo, con este pensamiento, volver a ser feliz bajo tu techo, y siento que debo dejarte para siempre. No te preocupes por mi futuro, pues ya está previsto; y, sobre todo, no me busques, pues será un trabajo infructuoso y un mal servicio para mí. En la vida o en la muerte, soy siempre tu querida*

*-Mary."*

"¿Qué podría significar esa nota, Sr. Holmes? ¿Cree que apunta al suicidio?"

"No, no, nada de eso. Es quizás la mejor solución posible. Confío, señor Holder, en que se esté acercando al final de sus problemas".

"¡Ja! ¡Usted lo dice! Ha escuchado algo, Sr. Holmes; ¡ha averiguado algo! ¿Dónde están las gemas?"

"¿No le parece que 1.000 libras por cada una es una suma excesiva por ellas?"

"Yo pagaría diez".

"Eso sería innecesario. Tres mil cubrirán el asunto. Y hay una pequeña recompensa, me imagino. ¿Tiene su chequera? Aquí hay una pluma. Será mejor que lo extienda por 4.000 libras".

Con rostro aturdido, el banquero extendió el cheque requerido. Holmes se dirigió a su escritorio, sacó una pequeña pieza triangular de oro con tres gemas dentro y la arrojó sobre la mesa.

Con un grito de alegría, nuestro cliente lo agarró.

"¡Lo tienes!", jadeó. "¡Estoy salvado! Estoy salvado".

La reacción de alegría fue tan apasionada como su dolor, y abrazó sus gemas recuperadas contra su pecho.

"Hay otra cosa que debe, señor Holder -dijo Sherlock Holmes con bastante severidad.

"¡Debe!" Cogió una pluma. "Diga la cantidad y la pagaré".

"No, la deuda no es conmigo. Debe usted una humilde disculpa a ese noble muchacho, su hijo, que se ha comportado en este asunto como me enorgullecería ver hacerlo a mi propio hijo, si alguna vez tuviera uno."

"¿Entonces no fue Arthur quien los tomó?"

"Te dije ayer, y te repito hoy, que no fue".

"¡Estás seguro de ello! Entonces vayamos de inmediato a verle para hacerle saber que la verdad es conocida".

"Él ya lo sabe. Cuando lo hube aclarado todo, tuve una entrevista con él, y al ver que no quería contarme la historia, se la conté, con lo cual tuvo que confesar que yo tenía razón y añadir los escasos detalles que aún no estaban del todo claros para mí. Tu noticia de esta mañana, sin embargo, puede abrir sus labios".



"¡Por el amor de Dios, dígame, entonces, cuál es este extraordinario misterio!"

"Lo haré, y os mostraré los pasos por los que he llegado a él. Y déjeme decirle, en primer lugar, lo que más me cuesta decir y que usted escuche: ha habido un entendimiento entre Sir George Burnwell y su sobrina Mary. Ahora han huido juntos".

"¿Mi Mary? Imposible!"

"Desgraciadamente es más que posible; es seguro. Ni usted ni su hijo conocían el verdadero carácter de este hombre cuando lo admitieron en su círculo familiar. Es uno de los hombres más peligrosos de Inglaterra: un jugador arruinado, un villano absolutamente desesperado, un hombre sin corazón ni conciencia. Su sobrina no conocía a esos hombres. Cuando él le hizo sus votos, como había hecho con cien antes que ella, se halagó pensando que sólo ella había tocado su corazón. El diablo sabe mejor lo que dijo, pero al final ella se convirtió en su herramienta y tenía la costumbre de verlo casi todas las noches."

"¡No puedo ni quiero creerlo!", gritó el banquero con el rostro ceniciento.

"Le diré, entonces, lo que ocurrió en su casa anoche. Su sobrina, cuando usted, como creía, se había ido a su habitación, se deslizó hacia abajo y habló con su amante a través de la ventana que da al carril del establo. Las huellas de sus pies habían atravesado la nieve, de tanto tiempo que llevaba allí. Ella le habló de la corona. Su perversa lujuria por el oro se encendió ante la noticia, y la doblegó a su voluntad. No dudo de que le amara, pero hay mujeres en las que el amor de un amante extingue todos los demás amores, y creo que ella debió de ser una de ellas. Apenas había escuchado sus instrucciones cuando le vio a usted bajar las escaleras, ante lo cual cerró rápidamente la ventana y le contó una escapada de los criados con su amante de patas de palo, todo lo cual era perfectamente cierto.

"Tu chico, Arthur, se fue a la cama después de su entrevista contigo, pero durmió mal a causa de su inquietud por las deudas del club. En medio de la noche oyó un suave paso por delante de su puerta, así que se levantó y, al asomarse, se sorprendió al ver a su prima caminando muy sigilosamente por el pasillo hasta desapare-

cer en tu vestidor. Petrificado por el asombro, el muchacho se puso algo de ropa y esperó allí, en la oscuridad, a ver qué salía de este extraño asunto. Al poco tiempo, ella volvió a salir de la habitación y, a la luz de la lámpara de paso, su hijo vio que llevaba la preciosa corona en las manos. Ella bajó las escaleras, y él, aterrorizado, corrió y se deslizó detrás de la cortina cerca de su puerta, desde donde pudo ver lo que pasaba en el vestíbulo de abajo. La vio abrir sigilosamente la ventana, entregar la corona a alguien en la penumbra, y luego, cerrándola una vez más, apresurarse a volver a su habitación, pasando bastante cerca de donde él estaba escondido detrás de la cortina.

"Mientras ella estaba en la escena, él no podía hacer nada sin exponer horriblemente a la mujer que amaba. Pero en el momento en que ella se fue, se dio cuenta de la aplastante desgracia que esto supondría para usted, y de lo importante que era enderezar la situación. Bajó corriendo, tal como estaba, con los pies descalzos, abrió la ventana, saltó a la nieve y corrió por el carril, donde pudo ver una figura oscura a la luz de la luna. Sir George Burnwell trató de alejarse, pero Arthur lo atrapó, y se produjo un forcejeo entre ambos, en el que tu muchacho tiraba de un lado de la corona y su oponente del otro. En la refriega, su hijo golpeó a Sir George y le hizo un corte en el ojo. Entonces, algo se rompió de repente, y su hijo, al ver que tenía la corona en sus manos, se apresuró a volver, cerró la ventana, subió a su habitación, y acababa de observar que la corona se había torcido en el forcejeo y se esforzaba por enderezarla cuando usted apareció en escena."

"¿Es posible?", jadeó el banquero.

"Entonces usted despertó su cólera insultándole en un momento en que él sentía que había merecido su más caluroso agradecimiento. No podía explicar el verdadero estado de las cosas sin traicionar a alguien que ciertamente merecía bastante poca consideración en sus manos. Sin embargo, adoptó el punto de vista más caballeroso y preservó su secreto".

"Y por eso gritó y se desmayó cuando vio la corona", exclamó el señor Holder. "¡Oh, Dios mío! ¡Qué tonto ciego he sido! ¡Y su petición de poder salir cinco minutos! El querido compañero quería ver

si la pieza que faltaba estaba en el lugar de la lucha. Qué cruelmente le he juzgado mal!"

"Cuando llegué a la casa -continuó Holmes-, enseguida la rodeé con mucho cuidado para observar si había alguna huella en la nieve que pudiera ayudarme. Sabía que no había caído ninguna desde la noche anterior, y también que había habido una fuerte helada para conservar las huellas. Pasé por el camino de los comerciantes, pero lo encontré todo pisoteado e indistinguible. Sin embargo, un poco más allá, al otro lado de la puerta de la cocina, una mujer se había quedado hablando con un hombre, cuyas huellas redondas en un lado mostraban que tenía una pata de palo. Incluso pude saber que los habían molestado, porque la mujer había vuelto corriendo a la puerta, como lo demostraban las profundas marcas de los dedos y los ligeros tacones, mientras que Pata de Palo había esperado un poco y luego se había ido. En aquel momento pensé que se trataba de la criada y de su novia, de las que ya me había hablado usted, y las averiguaciones demostraron que así era. Pasé por el jardín sin ver nada más que huellas al azar, que supuse que eran de la policía; pero cuando llegué al camino del establo, una historia muy larga y compleja estaba escrita en la nieve frente a mí.

"Había una doble línea de huellas de un hombre con botas, y una segunda línea doble que vi con deleite pertenecía a un hombre con los pies desnudos. Por lo que me había dicho, me convencí enseguida de que este último era su hijo. El primero había caminado en ambos sentidos, pero el otro había corrido velozmente, y como su pisada se marcaba en algunas partes sobre la depresión de la bota, era obvio que había pasado después del otro. Los seguí y descubrí que conducían a la ventana del vestíbulo, donde Botas había desgastado toda la nieve mientras esperaba. Luego caminé hasta el otro extremo, que estaba a unos cien metros o más por el carril. Vi el lugar donde Botas había dado la vuelta, donde la nieve estaba cortada como si hubiera habido un forcejeo y, finalmente, donde habían caído unas gotas de sangre, para demostrarme que no me había equivocado. Botas había corrido entonces por el sendero, y otra pequeña mancha de sangre demostraba que era él quien había sido herido. Cuando llegué a la carretera en el otro extremo, descubrí que

el pavimento había sido limpiado, por lo que esa pista había terminado.

"Al entrar en la casa, sin embargo, examiné, como usted recuerda, el alféizar y el marco de la ventana del vestíbulo con mi lente, y enseguida pude ver que alguien había salido. Pude distinguir el contorno de un empeine en el lugar donde se había colocado el pie mojado al entrar. Entonces empecé a formarme una opinión sobre lo que había ocurrido. Un hombre había esperado fuera de la ventana; alguien había traído las gemas; el acto había sido supervisado por su hijo; éste había perseguido al ladrón; había luchado con él; cada uno había tirado de la corona, y su fuerza unida había causado daños que ninguno de los dos por sí solo podría haber efectuado. Había regresado con el premio, pero había dejado un fragmento en manos de su adversario. Hasta aquí estaba claro. La pregunta ahora era, ¿quién era el hombre y quién le había traído la corona?

"Es una vieja máxima mía que cuando se ha excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad. Ahora bien, yo sabía que no eras tú quien lo había traído, así que sólo quedaban tu sobrina y las criadas. Pero si fueron las sirvientas, ¿por qué su hijo se dejaría acusar en su lugar? No podía haber ninguna razón posible. Sin embargo, como amaba a su prima, había una excelente explicación para que guardara su secreto, tanto más cuanto que el secreto era vergonzoso. Cuando recordé que usted la había visto en aquella ventana, y cómo se había desmayado al ver de nuevo la corona, mi conjetura se convirtió en una certeza.

"¿Y quién podría ser su cómplice? Evidentemente, un amante, pues ¿quién más podría compensar el amor y la gratitud que debía sentir hacia usted? Yo sabía que usted salía poco y que su círculo de amigos era muy limitado. Pero entre ellos estaba Sir George Burnwell. Había oído hablar de él como un hombre de mala reputación entre las mujeres. Debía ser él quien llevaba esas botas y retenía las gemas perdidas. Aunque supiera que Arthur lo había descubierto, podía seguir halagándose de que estaba a salvo, pues el muchacho no podía decir una palabra sin comprometer a su propia familia.

"Bueno, tu propio sentido común te sugerirá las medidas que tomé a continuación. Fui en apariencia de vagabundo a la casa de Sir George, me las arreglé para conocer a su ayuda de cámara, me enteré de que su amo se había hecho un corte en la cabeza la noche anterior y, finalmente, a costa de seis chelines, me aseguré comprando un par de sus zapatos desechados. Con ellos bajé a Streatham y vi que se ajustaban exactamente a las huellas".

"Ayer por la tarde vi a un vagabundo mal vestido en el carril", dijo el señor Holder.

"Precisamente. Era yo. Me di cuenta de que tenía a mi hombre, así que volví a casa y me cambié de ropa. Fue un papel delicado el que tuve que desempeñar entonces, pues vi que había que evitar una acusación para evitar el escándalo, y sabía que un villano tan astuto vería que teníamos las manos atadas en el asunto. Fui a verle. Al principio, por supuesto, lo negó todo. Pero cuando le di todos los detalles que habían ocurrido, trató de fanfarronear y bajó un salvavidas de la pared. Sin embargo, yo conocía a mi hombre y le puse una pistola en la cabeza antes de que pudiera atacar. Entonces se volvió un poco más razonable. Le dije que le daríamos un precio por las piedras que tenía: 1.000 libras por cada una. Eso hizo que aparecieran los primeros signos de dolor que había mostrado. Pero, ¡maldita sea! -dijo-, ¡las he dejado ir a seiscientas por las tres! No tardé en conseguir la dirección del receptor que los tenía, prometiéndole que no se le perseguiría. Me puse en contacto con él y, después de muchos rodeos, conseguí nuestras piedras a 1.000 libras cada una. Luego vi a su hijo, le dije que todo estaba bien, y finalmente llegué a mi cama alrededor de las dos, después de lo que puedo llamar un día de trabajo realmente duro."

"Un día que ha salvado a Inglaterra de un gran escándalo público", dijo el banquero, levantándose. "Señor, no encuentro palabras para agradecerle, pero no me encontrará ingrato por lo que ha hecho. Su habilidad ha superado todo lo que he oído de ella. Y ahora debo ir a ver a mi querido muchacho para disculparme con él por el mal que le he hecho. En cuanto a lo que me dice de la pobre María, me llega al corazón. Ni siquiera tu habilidad puede informarme de dónde está ahora".

"Creo que podemos decir con seguridad", respondió Holmes, "que está dondequiera que esté Sir George Burnwell. Es igualmente seguro, también, que cualesquiera que sean sus pecados, pronto recibirán un castigo más que suficiente."

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**